

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Respirar Santiago [breathing Santiago]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Hopenhayn, Martín
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-11 03:30:14
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220032

Respirar Santiago

Hopenhayn, Martín

Martín Hopenhayn: Ensayista chileno, consultor de la División de Desarrollo Social de la CEPAL, Santiago.

Preguntas que rondan el aire o la falta de aire

¿En qué momento se desdibujó Santiago de Chile en el vértigo de la modernización descontrolada? ¿Cuándo se desbocó la máquina inmobiliaria, el parque automotriz, la agresión y el estrés de la vida-en-la-urbe? ¿Desde cuándo arrastramos la sensación de que algo poco sano nos ronda, y desde cuándo empezamos a hablar de calidad de vida para referirnos no a lo bien que se puede vivir en la capital, sino a los sacrificios que inevitablemente hay que hacer si queremos seguir viviendo aquí?

¿En qué momento tuvimos que admitir que cualquier salida a esta entropía ambiental de nuestra ciudad es muy compleja, difícil de imaginar y conflictiva para impulsar? ¿Cuánto tiempo le queda de agonía ambiental, y dónde habrá que instalarse, en poco tiempo, para seguir mirando hacia afuera de la ciudad?

Son muchos los que se formulan estas preguntas con alguna frecuencia hoy día en la ciudad, y de todos los estamentos sociales. En esto del malestar urbano, hay que reconocerlo, los ricos también lloran. Sin embargo, pese a los elocuentes indicadores de contaminación, congestión, hospitalización masiva de niños y ancianos con males respiratorios crónicos, y consumo descontrolado de ansiolíticos y antidepresivos, el momento del «no aguanto más» no ha llegado aún. Algo nos empuja a no complicarnos demasiado todavía pensando en nuestra contaminación física y mental de cada día. Nos resistimos a la salud de sabernos tan enfermos. Puede ser, nos decimos, hasta saludable no sucumbir a este sentimiento catastrofista de apocalipsis metropolitano. A nadie le gusta echarse más carga encima anticipando un futuro poblado por sacrificios adicionales que le restauren a la ciudad parte del oxígeno perdido.

Por el momento navegamos por esta pendiente río abajo con un desasosiego de fondo, una preocupación latente que asoma cuando estamos atascados con el auto en un taco insufrible, y para peor en un lugar donde antes no habían tacos y a una hora cuando antes no había tráfico. Siempre son más las calles atascadas, cada año

pueden ser más dramáticos el smog y las inundaciones en invierno, más prohibitivos los alquileres para los que no han logrado subirse por el chorro del milagro económico chileno, más difícil encontrar un nicho de soledad los domingos en Pirque, en el Cajón del Maipo o en El Arrayán.

Sólo el smog y el tráfico son ecuanímenes con todos los estratos que componen la ciudad. El primero sofoca tanto al niño de Vitacura por las tardes como al de Estación Central al mediodía. El tráfico, por su parte, puede ser una pesadilla tanto para los «celularizados» que bajan por Av. Kennedy a las ocho de la mañana, como para el profesional joven y de clase media que sufre, a la misma hora, con un tráfico imposible por Vicuña Mackenna desde La Florida, y también para el vendedor de calugas que sube en la tarde por la Gran Avenida, al paso de vuelta de rueda, casi durmiendo de pie en una micro resignada a la eternidad.

A esto hay que agregar las catástrofes naturales que se agravan y transforman en catástrofes nacionales. Todo porque al plano regulador de la ciudad se lo tragó la modernización de una sola masticada, las hectáreas «urbanizables» se multiplicaron por cuatro en menos de veinte años, y a nadie le importa si se levantan nuevos asentamientos en cauces de deshielo. A lo que habría que agregar, como quien llueve sobre mojado, un clima en que empieza a «llover caliente» en invierno, a causa de quizás qué nuevo efecto-invernadero o qué otro desequilibrio ambiental.

Pero no todo es catástrofe

¿Compensaciones significativas para estos efectos no deseados del desarrollo? Es preciso reconocerlas.

Primero, más conexión con el mundo. TV-cable, mucho más para elegir en la tele, redes informáticas, expansión de las inversiones más allá de las fronteras, mayores facilidades para desplazarse, información instantánea de todo lo que ocurre, acceso fácil a las computadoras, el fax, las fotocopiadoras y las impresoras. Y para nosotros, los culturosos y aún jóvenes, una serie de eventos con artistas e intelectuales «de peso» que llegan del Norte, nos salvan el día y hasta el mes: letras de España, festival internacional de teatro, intelectuales lúcidos de Francia y de EEUU, grupos de jazz y de rock que están en plena vigencia, más cine-arte, más foros y seminarios, y siempre dos o tres boliches de turno para encontrar a los pares, antes de que cierren por falta de quórum o por reclamos de los vecinos.

Segundo, más eficiencia. Reconozcamos que nos gusta la eficiencia. Los teléfonos funcionan, los radio-taxi llegan a la hora que se les pide, los gásfifers responden con garantías por sus trabajos, hay mejores técnicos y mecánicos. Se puede hacer todo tipo de operaciones financieras en el cajero automático de la esquina de la casa, incluso los domingos, pagar cuentas de luz en los supermercados, renovar la cédula de identidad sin hacer cola, y sacar un permiso para exportar cualquier cosa con muy poco trámite. En las cajas de almacenes y farmacias, las computadoras imponen un ritmo aséptico al intercambio monetario, superconfiable y con una agradable sensación de modernidad en plena difusión.

No es para despreciar estos logros: más interconexión con el mundo, más circuitos que pueblan la actividad productiva y especulativa en la ciudad. De cierta manera, más integración sociocultural por vía de los massmedia, de la modernización ocupacional y de los logros del rendimiento económico nacional. El santiaguino puede regocijarse - o tiende a regocijarse - pensando que ha dejado de ser un pueblerino, que ha roto el estigma de la periferia, que se ha pegado el salto en garrocha para caer, triunfante, en medio de la cultura y del mundo «de verdad».

Y en más de un sentido, sí hemos saltado sobre las fronteras. Mirando la cosa desde afuera hacia adentro, cada vez más gente fuera de Chile (y gente «de peso») sabe dónde ubicar a Chile en el mapa, conoce un buen hotel donde parar cuando viene de visita para sus «sports d'hiver» o por trabajo a esta ciudad, y se siente a gusto con nuestro carácter tranquilo y hospitalario. Mirando desde adentro hacia afuera, vemos que los inversionistas chilenos buscan empresas grandes en países vecinos, dónde colocar su exceso de «cash», recogido sobre todo por la administración privada de los fondos de pensiones. La fruta que no corre, vuela. En el barrio alto, muchos negocios bautizados en inglés, mucha boutique que se inaugura con pastiches publicitarios recién salidos de Europa o Nueva York. Como en los tiempos del Chile siútico de siglo pasado, vuelven las citas en francés a las conversaciones.

Y lo más más lanzado al mundo: el teléfono celular. ¿No tiene algo de impúdico sorprender al conductor del auto contiguo absorbido en una conversación solitaria, moviendo los labios y gesticulando con las manos como un loco encerrado entre vidrios, sin vergüenza a ser sorprendido por cualquier observador externo en esta gesticulación absurda, de monólogo de luz roja o atochamiento a las siete de la tarde? Pero ellos, ya tan asumidamente celularizados, no parecen siquiera plantearse el ojo que los mira desde fuera del vidrio con sorpresa, envidia o risa.

No todo es catástrofe. La vida en esta ciudad se puebla de compensaciones, busca equilibrarse entre la intoxicación de su aire y el dinamismo de su desarrollo. Como si este equilibrio dinámico obligara siempre a seguir moviéndose, avanzando, inventando. La inercia tiende a la regresión: más contaminación, más densidad, más tráfico y más alienación. Para contrabalancearla, se necesita siempre más progreso, mayor energía en la fuga hacia adelante. Como una fábrica gigantesca, Santiago sólo se muestra productivo cuando humea.

Santiago como posible lugar para pensar el deseo de ser modernos

Si hubiera que agradecerle algo a esta modernización que le pone a Santiago su perfil movedido, no son estos pequeños logros que el nuevo triunfalismo aplaude. Lo más rescatable de estos nuevos tiempos no está en este equilibrio de pros y contras en la modernización de nueva generación, sino precisamente en todo lo contrario: en la posibilidad crítica que se abre por ese permanente equilibrio que el santiaguino tiene que hacer, en su cálculo vital, entre fuerzas positivas y fuerzas negativas que cruzan esta ciudad en perpetuo movimiento de pérdida de identidad. Cada día más, lo negativo de este habitar - en - Santiago se hace más visible como el fondo de contraste sobre el cual se dibujan las conquistas del progreso.

Esta negatividad, claro está, no le hace gracia a nadie. Pero precisamente en la progresiva frecuencia de lo catastrófico la conciencia de los santiaguinos recupera su espíritu crítico. Es cuando hay que duplicar los números de restricción vehicular porque los índices de smog llegan a niveles de amenaza directa a la salud; o cuando se inundan los barrios situados en las faldas surorientes de los cerros; o cuando un trayecto que normalmente toma 15 minutos en su recorrido, obliga a perder más de una hora en un taco propio de un cuento de Cortázar. Allí se despereza esta conciencia crítica: en la evidencia de que nuestro territorio está siendo expuesto a catástrofes, y que éstas tienen una relación estrecha con el estilo de modernización vigente.

En síntesis, y dicho de una manera cruda, los costos de la modernización comienzan a ser lo suficientemente altos como para que muchos de los que viven en Santiago vuelvan a preguntarse si vale o no la pena subirse en estos términos al carro de la modernidad. Al punto que los términos de modernización y calidad de vida aparecen cada vez más, en las evaluaciones silenciosas que hacemos todos, como términos en conflicto.

En este sentido se invierte en gran medida la correlación que, en fases previas de desarrollo, tuvo la imagen de modernización con el mejoramiento de la calidad de vida. Hace treinta años, el mejoramiento de ésta era una variable dependiente - positiva del proceso de modernización: más empleo moderno, mejores ingresos, más acceso a bienes y servicios, tasas crecientes de escolaridad, mejor atención de la salud para toda la población de la ciudad, mayor cobertura de la seguridad social, perspectivas de mejoramiento de viviendas y asentamientos humanos, y asimilación de códigos de modernidad. Precisamente el concepto «calidad de vida» nació para reflejar el grado posible de satisfacción de necesidades básicas tales como el trabajo, la salud, la educación y la vivienda. La modernización aparecía, en el imaginario social, como una suerte de dinámica expansiva, no desprovista de algunos costos ni de promesas incumplidas, pero mal que mal, como la dinámica inequívoca para aumentar el acceso colectivo a la satisfacción de necesidades básicas. De allí que la calidad de vida, medida por estas necesidades, se veía siempre «favorecida» en la ecuación modernizadora.

Pero a medida que aumenta la frecuencia de catástrofes ambientales e interpersonales en Santiago, esta correlación positiva entre modernización y calidad de vida se fisura. De mantenerse esta tendencia al malestar urbano, la noción de calidad de vida se hará menos reductible a tasas de escolaridad expectativa de vida al nacer o reducción de tasas de mortalidad infantil, adquiriendo un creciente componente ambiental y territorial.

La catástrofe desplaza la calidad de vida hacia otros objetos: nuestro aire, nuestro ritmo de vida, nuestra proximidad o distancia con la naturaleza, nuestro arraigo en la historia. En este sentido, la pregunta por la calidad de vida en Santiago tampoco es patrimonio exclusivo de los ecólogos o ecologistas: son ellos, pero también son hoy día muchos otros los que ponen la modernización sobre el tapete cuando les toca enfrentar muchos de los problemas vinculados al territorio en que se desplazan, al sitio en que se refugian para su intimidad, y a la calidad de vida que se les impone.

Territorio, calidad de vida y conciencia crítica

Santiago tiende a la des-identidad, a la des-habitación, a des-singularizar a sus habitantes. Nada está más concurrido en la ciudad, durante las horas de ocio y recreación, que los nuevos centros comerciales, desarraigados y yanquilizados hasta el desenfado, atestados de padres con cara de aburridos e hijos con saltos de histéri-

cos - y habrá que reconocer que van allí porque lo eligen, y lo vuelven a elegir una y otra vez -.

Muchos en esta ciudad gustan de la onda del no-cuestionamiento, el achanchamiento-con buena-facha, la rutina que mal-que mal-funciona y se convierte en identidad. ¿Pero identidad de quién, si no hay nadie singular en ese amoldamiento, ninguna voz propia, ninguna decisión capaz de afirmarse fuera del campo magnético de la inercia imitativa? Y habrá que reconocer que muchos de los que no acceden a este campo de consumo real y simbólico, sólo buscan las formas materiales que les hagan viables estos estilos-de-vida-tan-sin-estilo. En esta transición de un Santiago histórico, hecho de sus propias y singulares síntesis, a un Santiago trasnacionalizado, imitativo, sin mucha identidad, cuyo lugar específico en el mapa ya resulta indiferente: ¿Que pasa con nuestro territorio y cómo, a través de esta pérdida de memoria, nos replanteamos nuestro deseo de modernidad?

Me pregunto si este tipo de conciencia crítica - y autocrítica - que busco recrear en estas reflexiones puede llegar a tener algo de masoquista e impopular: «El latero, el obsesivo, el neurótico, el que se quedó pegado, el que le gusta conceptualizar todo, el intelectualoide, el lúcido - pa - qué, el dale - que - dale, etc.»: esos son algunos epítetos que podrían caer previsiblemente sobre la conciencia crítica hoy día, bajo un clima de euforia modernizadora y liviandad posmoderna. Pero todos sabemos que aquí en Santiago, precisamente por el patrón de modernización, la calidad de vida es un término problemático. Hay tal visibilidad del desecho o de la resaca del progreso, a través del color gris-negro que agarra el aire contaminado de Santiago, que es muy difícil abstraerse de la presencia de una suerte de romana mental en que pesamos los pros y los contras de esta ciudad.

El smog tiene la peculiaridad de llegar a tal nivel de amenaza y de costo en Santiago, que la calidad de vida en la ciudad empieza a tematizarse por necesidad. A través del smog todas las castas sociales de la ciudad quedan atravesadas por una inquietud que las une, un mismo gris-oscuro en los mediodías de invierno que los sobrecoge y obliga a pensar juntos el futuro de esta ciudad desde su misma base de reproducción. Incluso las empresas inmobiliarias (las mismas que gozaron hace quince años con la aniquilación del plano regulador de la ciudad), le dan uso publicitario ofreciendo mejor «calidad de vida» en terrenos situados en las faldas de la cordillera o en las inmediaciones agrícolas.

Con la presencia del smog, no podría ser más gráfica la ecuación que homologa la modernización al deterioro en la calidad de vida. Pero a su vez esta fisura ambien-

tal puede extenderse hacia otros campos, y entonces la calidad de vida trasciende el plano meramente ambiental. Esto es así, sobre todo, precisamente porque uno de los rasgos propios de las catástrofes ambientales es su naturaleza sistémica, vale decir, que sólo se explican - y muchas veces sólo se resuelven a partir de un cúmulo de fenómenos interconectados. Remontar la madeja del smog nos conduce, si queremos llegar a sus últimas consecuencias, a la opción misma de modernización que ha prevalecido en Santiago. Nos devuelve, también, al concepto ampliado de calidad de vida, y nos torna, a su vez, mucho más sensibles a otros factores de deterioro ambiental de la vida en la ciudad, pero que van más allá del smog: el estrés, la neurosis del tráfico, la falta de tiempo, el aburrimento, la racionalización económica que contamina nuestra intimidad, y el ruido creciente de máquinas que trepidan los suelos para levantar edificios que crecen al son del baile loco del dinero.

La calidad de vida puede también contaminar

Y en medio de estas fuerzas en tensión, la lógica de la performance también se cuele al interior de quienes empiezan a reivindicar la calidad de vida contra la modernización «salvaje». Aparece entonces todo un lenguaje, una proliferación de discursos y ofertas, de opciones para escalar posiciones en este ránking de la propia calidad de vida: gimnasios, tenis al alcance de la mano, psicoterapias de fin de semana, talleres para facilitar la comunicación y expresión, servicios en las empresas para sopesar las inquietudes de sus «miembros» y reducir las tensiones laborales. Empieza, al mismo tiempo, a construirse un mercado en función de la optimización de la calidad de vida, una cultura de optimización por el lado del «crecimiento sano», el «desarrollo personal», la superación de nuestros karmas. Nuestro atávico espíritu piadoso revive en los grupos de encuentro, mientras la sensibilidad new-age nos permite mantener un discurso utópico menos denso, más light y con más sex-appeal. Las ofertas emancipatorias se hacen tomando en cuenta que la gente está muy ocupada, y la calidad de vida se mejora en horario vespertino o de fin de semana. Una racionalización del tiempo acompaña también las opciones intersticiales mediante las cuales resistimos a la alienación y buscamos humanizarnos.

Invocar la calidad de vida en Santiago tiene algo de especial, por cuanto se trata de una invocación poblada de inquietud societal. Pero tampoco quisiera deducir de todo esto que la calidad de vida debe entenderse como una «normatividad anti-catástrofe», un «fundamentalismo preventivo», o un calvinismo ecológico. Y no es raro avizorar precisamente esta tendencia, mediante la cual este ideal de calidad de vida queda sometido a un performance represivo, como si la calidad de vida fuera un termómetro para medir nuestro grado de «desarrollo sano». ¿Se trataría, acaso,

de oponerle a la modernización «salvaje» una ética de la abnegación, una nueva hiperkinesia para lograr el máximo puntaje en este incipiente escalafón del «desarrollo integral»?

Sin embargo no es fácil, tampoco, que nos pongamos la camiseta de la asepsia pseudo-ecologista. Hemos adquirido, en nuestro paso tropezado por la modernidad, una irresignable cuota de hedonismo y gusto por la autonomía, que nos vacunan contra estas nuevas versiones del faquir, el calvinista o el utopista de máximo rendimiento.

Final

¿Se incuba hoy día una sensibilidad común frente a la amenaza a la calidad de vida, una reacción creativa frente a la catástrofe territorial, que podría empujarnos a repoblar nuestros deseos y fantasías, y también nuestros sueños de la ciudad-sociedad, con otros colores y olores? ¿Hay aquí una fuerza prosperable, una resistencia común que pueda cruzar vertical y horizontalmente la pólis?

Tal vez por lo vulnerable que se ha hecho nuestro territorio-ciudad, se puede tejer un hilo de conexión entre las percepciones que habitan en los más diversos rincones de esta ciudad. La fuerza de la catástrofe podría provocar un nuevo cuidado común por la calidad de vida, ahora que empieza a ser tema de conversación cotidiana el descontento y la aprensión de saberse habitante de un paisaje no deseado.

Nos sabemos todos-expuestos a los efectos poco controlables de esta modernización triunfalista. Hay diferencias sociales, injusticias económicas, y relaciones de dominio que también nos separan: tarde o temprano volverá a ponerse sobre el tapete el conflicto respecto de la justicia distributiva y al acceso igualitario a una mejor calidad de vida. Tarde o temprano también nuestra conciencia crítica nos exige, si pretendemos mantener el aliento libertario, reivindicar el derecho de todos a ser ciudadanos con plenos derechos.

Pero hay una vulnerabilidad común ante la catástrofe territorial, y para enfrentarla es posible que algún día se requiera sustituir relaciones de dominio por vínculos de compromiso horizontal entre la gente, y es posible que los propios industriales tomen la decisión de invertir parte de su capital para limpiar ese aire que ellos, también habitantes, tendrán que respirar.

La calidad de vida es un término conflictivo para todo aquel que quiere optar por subirse a esta carreta del progreso. En Santiago, el paso de esa carreta hoy día no sólo atraviesa la ciudad, sino además la desfigura. Santiago tiende a la despersonalización y a la emulación. Hay también fantasmas históricos recientes que la recorren y ayudan a mantener una cierta institucionalidad que sobrevive a los embates caotizantes del territorio: el temor al caos en la derecha, y el temor al terror y a la represión en la izquierda, proveen de estabilidad pero cobran su peaje con muros intangibles.

Nuestro territorio urbano tiende a sobrepoblarse: gana en densidad humana, en presencia metálica y en contaminación. Esta congestión múltiple no es buen estímulo para abrir el presente hacia la imaginación deseante. La invención utópica, incluso la moderna, tiende a verse acorralada cuando el espacio se va haciendo más estrecho y más denso. Pero cuando la densidad limita con la catástrofe, la pregunta por la supervivencia irradia hacia la pregunta por el sentido de nuestras opciones históricas.

De no apostar por esta tesis, tendría que sumarme hoy a la letanía de los apocalípticos o a la frivolidad de los integrados, y no estaría aquí, justo a mitad de camino, escribiendo estas palabras.